

DISCURSOS

DE RECEPCIÓN DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO

Y DE CONTESTACIÓN DEL

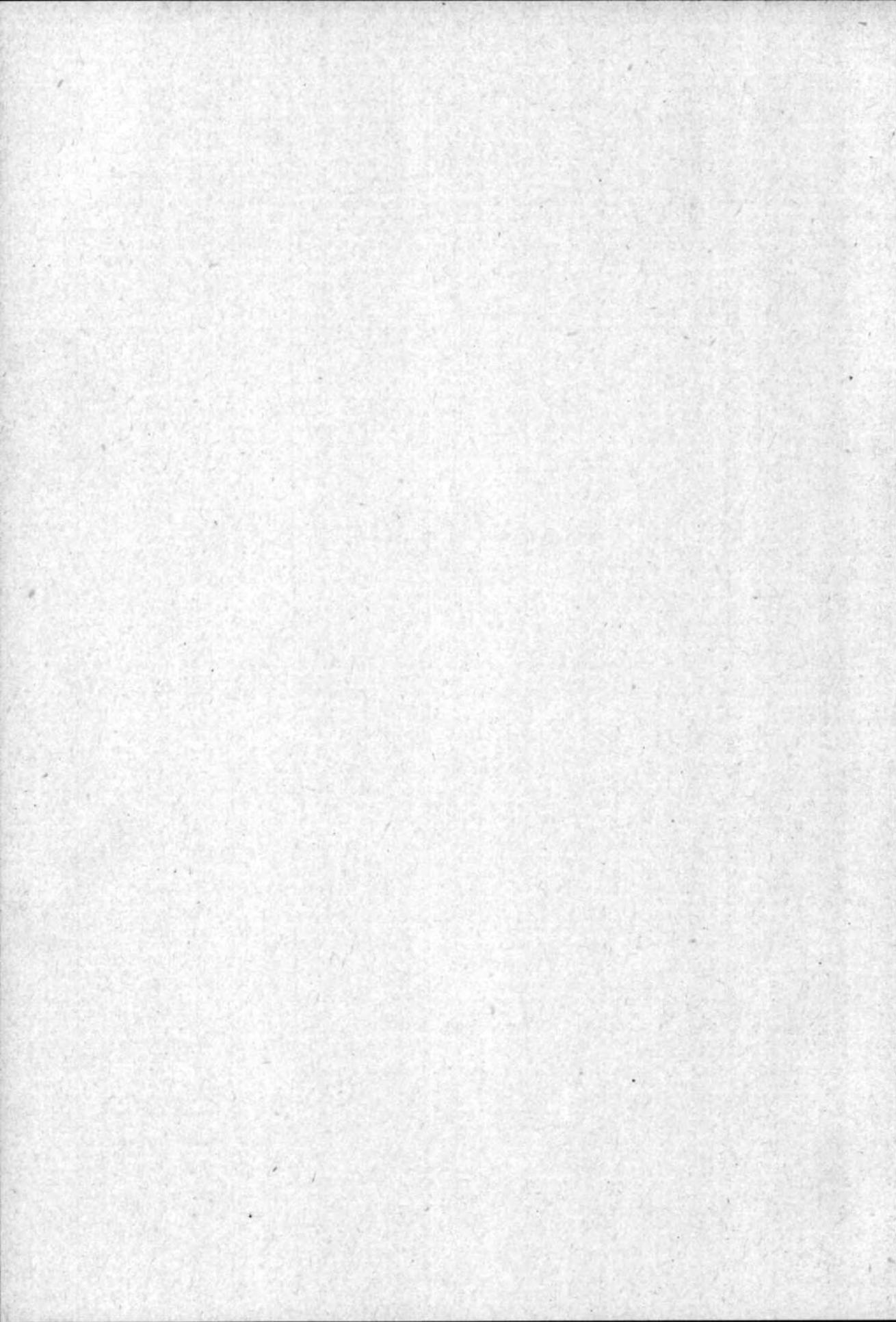
EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

LEIDOS EN LA JUNTA PÚBLICA DE 18 DE DICIEMBRE DE 1904



TESIS:

Teorías filosóficas y políticas del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.



DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA Y ALCALÁ GALIANO

SEÑORES:

Con indulgencia y bondad tan grandes que nunca sabrá ni podrá pagar cumplidamente mi gratitud, fuí elegido por segunda vez, hace ya tiempo, individuo de número de esta Real Academia. Convidado generosamente á tomar en ella asiento estuve ya otra vez. Abandono ó desidia, que carecería de disculpa si la modestia no se la diese, me impidió entrar aquí entonces. Ahora es menester que á esa modestia mía y á esa desconfianza de mis propias fuerzas se sobreponga un deber ineludible, á fin de que yo, saltando por cima de las dificultades que me atajan el paso, ó dando un rodeo para esquivarlas, escriba mi discurso de recepción, y haga lo que de mí se exige para tener al cabo la honra de sentarme entre vosotros.

Hoy es para mí más arduo que la primera vez el empeño en que me hallo. Y esto por dos razones: la primera por lo quebrantado de mi salud, por lo avanzado de mi edad y por la pérdida de mi vista, que para escribir y para leer me dejan inhábil: y la segunda por el valor de la persona á quien vengo á reemplazar en esta Corporación, gracias á vuestros votos.

La persona de Cánovas del Castillo tiene tal significación y tal importancia, que no podría yo limitarme á hacer de ella un rápido elogio, por encarecido y entusiasta que fuese, y á pasar luego á otro asunto, extraño por completo al señor Cánovas, tomando dicho asunto por tema de la disertación que estoy obligado á hacer. Mi disertación no puede ser así, aunque yo lo desee. Se diría que el inmortal espíritu de mi antecesor se halla presente entre nosotros; que invisible á los ojos del cuerpo, pero visible á los de mi alma, ocupa aún el asiento donde yo he de sentarme, y que todo mi previo discurso ha de tratar de él y ha de dirigirse á él antes de que yo á tanto me atreva.

Su historia bien puede afirmarse que es toda la historia de nuestra nación durante la segunda mitad del siglo pasado, ya que en las revoluciones, restauraciones y cambios que hubo durante tan largo período, hizo siempre D. Antonio Cánovas del Castillo muy principal papel hasta el día de su trágica muerte.

Para escribir sobre todo esto con el detenimiento y con la amplitud que hoy se estilan, no bastaría un discurso por extenso que fuese: sería menester escribir una obra compuesta de varios volúmenes. Me decido, pues, á estudiar á mi predecesor bajo uno solo de los muchos aspectos en los que á nuestra vista se presenta y vive en nuestra memoria.

No hubo ambición, no hubo deseo de gloria por el que Cánovas no se sintiese estimulado. Su poderoso ingenio, su claro y elevado entendimiento, la afluencia y el brío de su palabra, y más que nada el ímpetu, la arrogancia y la persistente firmeza de su voluntad, le abrieron y le allanaron los diversos caminos por donde subió él desde humilde y obscuro lugar á la posición más elevada, alcanzando triunfos como hombre de acción, logrando y conservando largos años la jefatura de un gran partido político, dirigiendo desde la cumbre del poder los destinos de su patria, y conquistando al mismo tiempo la palma de grande orador y la reputación envidiable de hombre amenísimo en su trato, de tremendo

por sus chistosos y agudos epigramas, de escritor castizo y fácil, de historiador erudito y profundo, de novelista, de atinado crítico de literatura y de bellas artes, y hasta de poeta lírico, aunque este último triunfo fuese harto más discutido y problemático que los otros.

Todavía no satisfecho Cánovas con su buen éxito en tan variadas empresas, aspiró á señalarse en otra más encumbra-da, procurando hallar la razón superior de todo, la regla constante y segura para toda acción, y la luz y la medida para ver y estimar los sucesos humanos, para calcular su trascendencia, y hasta para pronosticar las contingencias futuras, remediando ó evitando el mal y señalando el camino recto.

No sé cómo llamar á esta facultad que Cánovas creía poseer ó que poseía. Llamar á Cánovas metafísico, tal vez sería impropio. Distráido su espíritu por diversas y opuestas sendas y engolfado en el revuelto mar de la vida activa, hubiera sido milagro estupendo que se diesen en él la serenidad y el conveniente desinteresado reposo para la sublime contemplación en que se funda la ciencia primera.

No me atrevo á llamar á Cánovas metafísico, porque lo agitado de su vida se prestaba poco á la especulación persistente que la metafísica exige; y no quiero llamarle sociólogo, porque el vocablo sociología me repugna por híbrido y presuntuoso. Le llamo, pues, político teórico, además de político práctico, y mejor aún pensador, palabra muy de moda en el día y que por su vaguedad compromete poco.

De lo remoto y de lo pasado Cánovas sabía bastante, porque la viveza y la perspicacia de su comprensión permitían que con una rápida lectura se enterase de los sucesos, apreciase los sistemas y percibiese las evoluciones, las distintas corrientes y el sesgo curso de los pensamientos humanos. Y de lo cercano y presente, Cánovas sabía mucho más, así por inmediata visión y contacto, como por experiencia adquirida y acrecentada sin tregua en la vida activa.

Como pensador quisiera yo representar á Cánovas y juz-

garle hasta donde alcance para tanto mi entendimiento. Mi propósito es harto difícil por cualquiera de los dos medios que yo emplee para cumplirle. De uno de ellos, que es el mejor sin duda, desisto yo por considerarle por cima de mis débiles fuerzas, y expuesto además á incurrir en falsedad involuntaria, atribuyendo á Cánovas una filosofía fundamental, un desenvolvimiento dialéctico de ideas y un conjunto de doctrinas que acaso no llegó á concebir jamás. Por eso me inclino yo á discurrir sobre las ideas de Cánovas según él las concebía y las presentaba en determinados casos, bajo el influjo de las circunstancias de tal ó cual momento y dominado por la honda impresión que producían en su ánimo los grandes acontecimientos que iban realizándose y que él consideraba mayores, por lo mismo que se realizaban en su presencia y durante su vida.

No diré yo que Cánovas se contradijese ni que pensase ni disertase tal día de un modo y tal día de otro. Al contrario; yo entiendo que sus ideas y pensamientos se conciertan y se eslabonan lógicamente, y que, si es aventurado construir de todo una filosofía política y de la historia, completa y de Cánovas toda, la figura intelectual de Cánovas se muestra y resplandece con claridad y sin contradicción confusa, cuando se agrupan con tino y en buen orden las ideas que tuvo y los pensamientos que acertó á expresar, ya explicando con ellos los acontecimientos que él presenciaba, ya sirviéndose de ellos como norma y guía de su conducta, en cuantos acontecimientos él intervenía con mayor ó menor eficacia.

Lo más arduo para mí es seguir en su vuelo y en sus giros volubles la mente impetuosa de Cánovas, que no hay extremo adonde no llegue, ni punto que no toque, ni cuestión que no trate de dilucidar ó que no dilucide, ni futuro contingente que no se empeñe en pronosticar, convirtiéndole en necesario é ineludible, por virtud de leyes que su voluntad imperativa y arrogante tal vez prescribe y promulga.

Retratar á Cánovas de nuevo ofrece grandísimas dificultades que me han arredrado y me han hecho retardar la com-

posición de este discurso, por el temor de no hacerle como conviene y como yo quisiera. De personaje tan querido y admirado se ha escrito ya mucho. Sobrado presumir sería el mío, si imaginase yo que iba á decir algo en alabanza de Cánovas, más juicioso, más elocuente y más sentido que lo dicho y leído en esta misma Academia por D. Fernando Cos-Gayón, y lo que no sólo en España, sino también en tierras extranjeras y remotas se ha dicho en su alabanza.

Cánovas, sin embargo, puede ser considerado bajo tan diferentes aspectos, que si yo prescindo de lo que otros pensaron y dijeron de él y le juzgo con mi propio criterio, sin duda me expondré á errar, á representar su figura falta de parecido, mal trazada y delineada, pero con sello distinto y propio, copia del natural, no copia de otra copia, sino tomado todo de mis recuerdos, de la impresión que hicieron en mí sus prendas personales, y del examen imparcial y sereno que puedo hacer aún y que aún hago de sus escritos.

Ya he dicho que debo limitarme á tratar de Cánovas como pensador político y teórico. Á fin de juzgarle bajo este solo aspecto, sin prolongar demasiado este discurso, prescindo aquí de la vida activa política de Cánovas y de cuanto escribió ó dijo sobre bellas artes, historia y literatura; prescindo de su novela y de sus poesías, desestimadas no con justicia, sino por odio á su persona, y voy á limitarme á tratar de la serie de discursos, leídos ó pronunciados los más de ellos en el Ateneo, y publicados en tres volúmenes, bajo el común epígrafe de *Problemas contemporáneos*.

Toda la filosofía de Cánovas, toda su doctrina teórica y fundamental sobre cuestiones sociales, se halla cifrada y encerrada en dichos discursos, de cuyo contenido casi es imposible dar cuenta y hacer extracto, porque su extremada concisión apenas lo consiente, y porque la variedad de puntos que Cánovas toca y procura dilucidar ó dilucida, no consienten que ni para convenir en todo se repita lo que Cánovas dice y mucho menos consiente que se contradiga y se impugne lo que dice Cánovas, á lo cual puede cualquiera sentirse

inclinado, y yo me siento inclinado también, aunque celebrando y admirando como el que más el saber de Cánovas, la sutileza y profundidad de su ingenio y la elocuencia y el vigor de su estilo. Pero la ciencia principal de que Cánovas hace gala y que por no llamarla sociología me inclino á llamar filosofía de la historia, es á mi ver una ciencia más deseada que lograda. Si la lográsemos, no ya sobrenatural, sino naturalmente, adquiriríamos el don de profecía. La previsión humana, por muy prudente y perspicaz que sea, harto falible y siempre insegura, se convertiría en presciencia semidivina. Desde la altura de esa ciencia ó presciencia maravillosa, descubriríamos el curso de los acontecimientos humanos, la dirección que llevan, y el término hasta donde tienen que llegar por virtud de leyes providenciales, tan sabiamente ordenadas, que dentro de ellas y no contrariando sino coadyuvando al fin que se proponen, se mueve con holgura toda voluntad humana y no se menoscaban en lo más mínimo la responsabilidad y el libre albedrío de cada individuo y de cada pueblo.

Repito que soy admirador del talento de Cánovas, de la lucidez con que lo veía todo y de la serena imparcialidad con que lo juzgaba; pero ni Cánovas ni nadie en el día de hoy y tal vez nunca, podrá decir lo que el más elegante y sublime de los poetas latinos hace decir al rey de sus dioses:

«Longius et volvens fatorum arcana movebo.»

Los empeños de Cánovas como hombre de acción, su amor propio comprometido en determinadas empresas, y hasta la manera, á pesar suyo involuntaria y tal vez inconscientemente interesada, con que veía ó podía ver acontecimientos que favorecían ó contrariaban sus planes, son condiciones ó circunstancias que se oponen á que él prevea con claridad, pronostique con acierto, y tal vez juzgue con exactitud el valer y la trascendencia de hechos ya cumplidos.

En su primer discurso como Presidente del Ateneo, bajo la impresión de dos acontecimientos importantísimos, Cánova-

vas decide y hasta profetiza, pero bien podemos admirarnos de sus pronósticos y decisiones, sin aceptar por inevitables los pronósticos, ni las decisiones por seguras y bien fundadas. De que el Padre Santo haya perdido su poder temporal y de que los prusianos vencieran en Sedán á los franceses, no puede ni debe inferirse todo lo que Cánovas infiere y anuncia. Para todo católico creyente la Iglesia de Cristo está fundada sobre inmovible cimiento y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Ahora bien, ¿cómo creer que la persistencia de tan sólida congregación y del centro soberano que le presta unidad y armonía pueda depender de condición proporcionalmente tan mezquina como es la de que el Padre Santo sea soberano temporal de una pequeña porción de Italia, la obediencia de cuyos habitantes convino conservar á menudo por medio de la intervención y ocupación de un ejército extranjero? ¿Qué garantía de independencia puede dar esto al Padre común de los fieles? La misma historia enseña lo contrario, y tal vez los Papas que han alcanzado mayor poder espiritual en el mundo son los que menos poder temporal han tenido. Gregorio VII murió en Salerno, destruido de Roma.

La preponderancia ó la hegemonía de los pueblos germánicos, así como la decadencia de los neolatinos, no pueden ni deben inferirse de las victorias de Alemania sobre Francia al terminar el reinado de Napoleón III. ¿Pues qué, desciende tan de súbito una nación y se eleva tan repentinamente otra por la insegura suerte de las armas, en que la fortuna entra á menudo por tanto ó por más que el valor y la ciencia ó que la fuerza y la maña? Muchísimo valen la maña y la fuerza para defenderse y ofender, para adquirir y mantener el imperio; pero no es ésta la única medida de la importancia de las naciones. No por perder una vez en lucha armada debe considerarse todo lo demás irremisiblemente perdido. Todavía Francia es riquísima á pesar de la tremenda sangría de riqueza que le hicieron los prusianos vencedores. Todavía, sin que parezca absurda y vanidosa jactan-

cia, puede decirse que París es el corazón y el cerebro del mundo. Toda flamante doctrina, sana ó perversa, disparatada ó juiciosa, aunque allí no se invente, desde allí se difunde por todas partes. París sigue siendo el centro en que se expiden los títulos y diplomas de celebridad y de gloria: la nueva Síbaris que impone las elegancias y las modas: la ciudad santa, donde acuden en peregrinación los que se precian de *intelectuales* en no pocos países, del mismo modo que los mahometanos van á la Meca. Los poetas y novelistas franceses son más leídos, celebrados é imitados por donde quiera que los de ninguna otra nación.

¿Cómo he de negar yo, ni ha de negar nadie, la independencia intelectual y el vigor fecundo de la docta y especulativa Alemania, y de Inglaterra y de los Estados Unidos, donde lo que tanto se admira como práctico, industrial y conducente á la prosperidad material, á la riqueza y al poderío, se concierta tan bien con la poesía más sentimental y soñadora, en apariencia al menos? Mas no por eso Francia deja de prevalecer y de descollar sobre todo. Las filosofías y las más hondas especulaciones germánicas y los más extravagantes sistemas económicos, políticos y antropológicos, inventados en Inglaterra, no corren por el mundo, ni se presentan ni figuran en todas partes, hasta que en París no se les da el pasaporte y la carta de recomendación casi indispensables.

Pero no sólo por el pensamiento, sino también por la acción y por el poder militar y político carece de fundamento la afirmación de la decadencia de Francia. La elevación de un pueblo y su decadencia y ruina no se verifican con tanta rapidez como se cambia una decoración de teatro. La misma Francia, vencida en Sedán y multada y desmembrada luego, había vencido pocos años antes, bajo el mismo régimen y reinando el mismo Emperador, á los rusos en Crimea y á los austriacos en Italia; y hasta había fundado del otro lado del Atlántico un imperio de cuya efímera duración y desastroso remate no le cabe toda la culpa. Y la misma Francia, en el mismo siglo en que fué vencida por los prusianos, había

triunfado de ellos y de toda Alemania y de Rusia, bajo el primer Napoleón, y aun después de la caída de éste había intervenido en España, había contribuído á dar libertad á Grecia, había conquistado y colonizado Argel, Orán y gran parte del Norte de África y había extendido sus dominios por vastas regiones del extremo Oriente.

Menos aún que la decadencia de Francia, puede afirmarse la de Italia, cuya independenciam y cuya unidad, por largos siglos deseadas y apenas conseguidas bajo el cetro del rey bárbaro Teodorico, se logra al cabo por Cavour y por Garibaldi. Y no se logra de repente, sino después de maravillosa preparación; después del más rico, fértil y espléndido florecimiento del pensar italiano, convergente todo él al mismo propósito, aunque por diversos caminos. ¿Cómo declarar decadente á una nación en el mismo siglo en que han vivido y brillado en su fecundo seno filósofos como Mamiani, Rosmini, Galuppi y Gioberti; historiadores como Tosti y Micali; y literatos y poetas como Parini, Alfieri, Fóscolo, Monti, Manzoni, Leopardi, Nicolini, Giusti y Rosetti?

Será quizás que sólo España resulte ó aparezca decadente entre todos los pueblos latinos? Bien examinado este negocio, sólo parece cierto, sean las que sean las causas, que el colmo, ó mejor dicho, la mayor hondura de nuestro abatimiento y decadencia fué en los últimos años del siglo xvii. Desde entonces, en realidad, no ha decaído España, porque si desde entonces no perdió sus colonias fué por no haber en ellas vida y fuerza bastantes para separarse de nosotros y por no haber crecido aún para quitárnoslas ó el poder y la ambición de otras naciones ó las naciones mismas. Desde entonces, repito, desde fines del siglo xvii, España, lejos de decaer, ha hecho y hace á menudo generosos y grandes esfuerzos, muchas veces, pero no siempre infructuosos para salir de su postración y de su atraso, para renacer á nueva y gloriosa vida, como por ejemplo en el reinado de Carlos III y en el heroico levantamiento y guerra de la Independencia; y por último, hasta en época más reciente, á pesar de tan

prolongadas guerras civiles, luchas de partido y mezquinas revoluciones y pronunciamientos.

En suma; yo no acierto á ver tal decadencia de la raza latina. Es más: yo no creo en que haya tal raza latina en contraposición de la germánica, ni creo mucho tampoco en que sean germánicos los ingleses, aunque los llamemos anglosajones, con la misma razón ó con poco más razón que pudiéramos llamar germánicos á los franceses porque fueron conquistados por los francos, ó llamar ostrogodos ó germanos á los habitantes de Italia, ó llamarnos nosotros visigodos y germanos también, ó si se quiere árabes y berberiscos. La división, en cierto modo caprichosa, de las naciones europeas en latinas, germánicas y eslavas, sólo vale, en mi sentir, para crear nuevos odios y rivalidades, con fundamento falso y sofisticado, sin estrechar por eso la amistad de unos pueblos con otros ni lograr que fraternicen. La amistad y el aprecio entre franceses y españoles y entre polacos y rusos, han dejado con frecuencia y dejan todavía no poco que desear, sin que acertemos á ver que la idea de que nosotros somos latinos y de que los polacos y los rusos son eslavos valga ó haya valido hasta el día de hoy para la satisfacción de tan buen deseo. Por el contrario, la idea de latinismo, creando, en mi sentir sin razón, un predicamento muy amplio, hace en ocasiones que nos desunamos en vez de unirnos y que en realidad nos descastemos. Por eso no puedo menos de confesar yo que me suena mal y me molesta que, desde Méjico hasta Chile y la Argentina, la inmensa extensión del Nuevo Mundo donde hay muchos Estados y millones de hombres que hablan todavía la lengua castellana, y donde acaso uno á lo más de cada dos ó tres mil pronunciará ó hablará más latín que el *Gloria Patri*, se llame todo América latina, sin duda á fin de no llamarse América española, tal vez por infundado desdén hacia la antigua metrópoli ó por inveterado, injusto y persistente enojo.

Como quiera que ello sea y aunque nos pese el confesarlo, fuerza es convenir con Cánovas, cuando no en el *latinismo*

y en la decadencia latina, en la peculiar y deplorable decadencia de nuestra patria.

Difíciles de explicar son las causas de este fenómeno histórico, de este hecho tan indudable. Al terminar el siglo xv y durante todo el siglo xvi, bien puede afirmarse que fué España la primera nación del mundo. ¿Como decayó y se postró tan rápidamente? Acaso el estudio teórico en que con mayor persistencia se ha empleado Cánovas, es investigar las causas de la extraordinaria elevación de España, de su poco persistente preponderancia y de su abatimiento lastimoso. Echar la culpa á los reyes y á sus validos, condenar sólo la tiranía y el fanatismo de los gobiernos, podrá ser simpático y popular, pero es injusto y falso. Cánovas buscó causas más hondas á nuestra caída y, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, llegó á hacer la apología de este Rey y hasta una razonable defensa del exageradamente censurado Conde Duque de Olivares.

La decadencia de España obedecía á leyes providenciales, dimanaba de la naturaleza misma de las cosas, y ni Felipe IV, ni Olivares, ni otros monarcas y ministros de mayores arrestos y habilidades, hubieran podido evitarla.

Se diría que Cánovas preveía las censuras que contra él pudieran dirigir sus enemigos políticos, que estaba preocupado de que á él también pudieran acusarle de ineficaz por no lograr lo imposible; y en suma, que se curaba en salud, como vulgarmente se dice, cubriéndose con el escudo y poniéndose en guardia de antemano para parar golpes previstos y que no dejarían de asestarle. Tal previa defensa acaso estaba de sobra. Por la inestabilidad de los gobiernos, por los cambios incesantes y por la falta de verdaderos partidos políticos, ó sea de grandes agrupaciones de hombres unidos por los mismos intereses, ideas y propósitos, la perseverancia en determinada política, dirigiendo la mira á un punto fijo, sin desistir ni cambiar hasta tocar en él, fué en España obra punto menos que imposible durante el siglo pasado. Cánovas no tenía, pues, necesidad de defender á Olivares ni á

nadie, para defenderse en prefiguración de un mal éxito ó de un escaso buen éxito inevitable.

En cambio, muchas personas pudieron acusar á Cánovas, y no pocas le acusaron, del pobre concepto que de su nación se suponía que formaba. La acusación con todo, fué injusta. Amor no quita conocimiento. Conocer y hasta declarar las faltas del objeto amado, no implica que el amor se trueque en indiferencia ó en menosprecio. Á veces, el patriotismo, por su mismo ardor y vehemencia, nos mueve á lanzar contra la patria generosas injurias, á fin de agujonearla con punzante estímulo, levantarla de su postración y traerla á nueva y gloriosa vida. Por mucho malo que Cánovas pensase y hasta dijese de su patria, jamás hubiera ido hasta donde fueron en sus durísimas reprensiones y en sus sátiras y castigos no pocos insignes y apasionados italianos, como Parini, Leopardi y Rosetti.

En mi sentir, la más clara demostración de la decadencia de España, es la carencia, por olvido ó por desengaño, de la fe y de la esperanza en nuestros propios destinos, la falta de pensamiento nacional, de una idea y de un propósito, en la que coincidan y al que aspiren los espíritus más enérgicos, blanco al que todos dirijan la mira, y donde vean ó crean ver el título valedero aún de nuestro persistente papel y de nuestra no terminada misión providencial en el mundo. Inglaterra, Francia, Alemania, Rusia, y la propia renacida Italia, tienen la fe viva y fecunda de que nosotros carecemos. En cada una de estas naciones subsiste un ideal superior que vivifica y alienta el alma colectiva. En España es tal la multitud y tal la discrepancia de ideales, que es como si no tuviéramos ninguno. De aquí el abandono, la esterilidad ó la ineficacia de lo castizo. Y de aquí la constante atención con que miramos y admiramos lo extranjero, y el prurito de remedarlo á menudo con no menor inoportunidad que torpeza.

El grande hombre de Estado es, en otras más dichosas naciones, el apoderado de la mayoría del pueblo, ó por lo menos, del partido más brioso y predominante: es el ejecutor

de los proyectos y planes de ese partido, el que tiene el deber de dirigir los públicos asuntos, según leyes y principios cuya persistencia en la historia, cuya condición tradicional infunde respeto y presta vigor para oponerse á novedades extrañas, sin cejar ni pararse por eso.

Este grande hombre de Estado, en país extranjero, como tendrá previa doctrina y marcado y firme propósito y un sistema completo y fundamental, concebido ó aceptado por cuantos le confían el poder, sistema que ha de ser norma y pauta de su conducta, podrá filosofar por lujo; si es elocuente y muy sabidor, pondrá cátedra para lucirse, pero no se le ocurrirá, como á Cánovas no sin razón se le ocurre, crear todo el sistema al que se ajuste su conducta y la explique, rechazar ó admitir extrañas novedades y producir una teoría política ultra ó super-constituyente.

Cánovas no aparece sólo como mero aunque poderosísimo jefe de su partido, sino también como su apóstol, profeta y creador de su credo. Sin credo en que todos ó en que los más convengan, no hay orientación posible: se ignora el punto donde estamos y el término de nuestro camino. Nada hay estable para que florezca y fructifique. Todo se desarraiga para sembrar ó plantar algo nuevo. Así en España, en el siglo que terminó poco ha, el período constituyente no se cierra nunca; las leyes fundamentales y orgánicas se cambian á cada paso; las constituciones nacen y mueren apenas nacidas; las reformas no cesan; y las leyes, cuya efímera duración se prevé, no infunden reverencia ni corroboran, sino que debilitan en la conciencia humana la obligación de cumplirlas. Se olvida aquel precepto ó consejo del libro más popular y discreto que en España se ha escrito: «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan, que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen.»

El incesante prurito de reformar y de legislar vale para disculpa de todo aquél que busca y halla ó presume hallar razones filosóficas para todas sus reformas y sus leyes. Así

se expone al peligro de que se prescinda de la oportunidad, de la posibilidad, del elemento histórico, que debe entrar por mucho en la legislación, y sólo se atienda á lo puramente racional y especulativo, con lo cual se forjan sistemas falsos y odiosos.

Nadie, á no estar qbeccado, afirmará que la soberanía del pueblo puede y debe ejercerse á cada instante subvirtiendo el orden establecido, sin respetar la tradición y la voluntad de las generaciones que fueron. Nadie desconocerá las dificultades que ofrece el ejercicio del sufragio universal y la demarcación de sus límites, ó sea hasta qué punto el sexo, la menor edad ó la carencia de responsabilidad y aptitud, por ignorancia ó por miseria, se oponen al goce y ejercicio de tal derecho. Y nadie, á no estar loco, entenderá nunca por igualdad democrática ó ante la ley, el que sean iguales todos los hombres en saber, en probidad y en inteligencia. Pero si prescindiendo de tales consideraciones, que no pueden menos de tenerse muy en cuenta en la práctica, forjamos una teoría con visos de filosófica, contraria á la soberanía del pueblo, á la radical y legítima igualdad de los hombres y al derecho que tienen á que nadie los gobierne sino quien ellos quieran, nos exponemos á que dicha teoría resulte aborrecible, un poco ó un mucho depresiva de la dignidad humana, y tan infundada, que un niño de la doctrina puede desbaratarla con las cortas luces de su sentido común, avivadas y dirigidas por el catecismo.

No fué del caballero ó del burgués más ó menos rico, sino de todo ser humano accidentalmente libre ó esclavo, griego, latino ó bárbaro, de quien dijo San Agustín: *magna res est homo, factus ad imaginem et similitudinem Dei*: No fué sólo á los doctores y á los próceres á quien dijo Cristo: *sed perfectos como vuestro Padre que está en el Cielo*.

La fraternidad y la igualdad de cuantos seres componen el linaje humano no han sido reconocidas y proclamadas recientemente, sino desde muy antiguo en todas las regiones y en todos los pueblos. Sin duda la apoteosis del humano linaje,

con que soñó Augusto Comte y sueñan aún otros fanáticos positivistas, es superstición en extremo absurda. Pero el concepto de *humanidad*, y la significación de este vocablo, no ya sólo como calidad ó virtud de ser bondadoso y dulce, sino como algo de sustantivo, son ideas antiquísimas que no deben ni pueden tenerse por novedad peligrosa. Ya lo dijo Séneca: *Homines quidem pereunt; ipsa humanitas ad quam homo effingitur permanet*: El ser inmortal de la humanidad permanece aunque los hombres perezcan.

No hay ni debe haber *superhumanidad* ni *superhombres*. Quien pretenda ponerse sobre la humanidad es antihumano. No conviene que haya naciones y razas superiores y preponderantes á expensas, por inmolación ó esclavitud, de otras naciones atrasadas ó decaídas; ni conviene que haya, ni en realidad hay, clases pensadoras, directoras y gobernadoras y otras que deban dejar que las gobiernen y que piensen por ellas, limitándose á obedecer y á callarse. *La plutocracia* es á menudo un hecho, pero nó es de derecho nunca. La riqueza no es medida exacta del saber y de la inteligencia. La moralidad y el sano juicio no se estiman ni se gradúan por la mayor ó menor renta que cada uno tiene. Ricos puede haber harto más necios y más viciosos que los pobres. Aunque sea más racional y más progresista creer que la riqueza educa y que por consiguiente mejora, y que en el rico hay más motivos que en el pobre para ser generoso y bueno, y menos incentivos que puedan hacerle caer en error y en pecado, no veo sobrado fundamento, en nombre de la justicia, para declarar al pobre imbecil é incapaz de gobernarse y para sujetarle á la tutela de una supuesta clase superior y gobernadora. Y digo supuesta clase, porque en realidad tal clase no existe. La burguesía, la clase media, ó como queramos llamarla, no es tal clase, sino el conjunto así de todos aquellos que despojados ya de antiguos privilegios aristocráticos entran en el estado llano, como de todos aquellos que por su inteligencia, por su actividad y por sus virtudes de orden y de economía entran también en ese estado llano, y tal vez

descuellan en él, surgiendo del más obscuro fondo de las capas sociales.

El Estado que debe realizar la justicia, no ha de ser para favorecer á los ricos y hacer que ellos gobiernen y dirijan á los pobres, ni ha de ser tampoco para que los pobres vivan á expensas de los ricos, sino para que todos vivan y puedan prosperar, medrar y gozar sin infringir la ley. Y no puede decirse que los ricos deben gobernar y no deben gobernar los pobres porque los pobres no tienen que perder, lo cual es completamente falso. Las dos pesetas de salario del más cuitado de entre ellos tienen para él igual ó mayor importancia que la enorme suma de libras esterlinas ó de dollars para el dichoso capitalista que la posee y goza. Y en cuanto á la vida, así del cuerpo como del alma, no vale ni importa menos la de un miserable obrero que la de un Fúcar. Tal vez parezca más razonable afirmar el extremo contrario, porque si un Fúcar muere ó enferma, no ha de faltarle otro Fúcar, su heredero, que maneje como él ó mejor que él sus capitales; pero la producción del obrero, la obra de sus manos, el fruto de su sudor, ¿quién le suplirá si él falta ó decae?

Ni veo yo tampoco la razón en que se funda Cánovas para recelar que la igualdad política, el sufragio universal, la ilimitada democracia, ha de traer la revolución social como inevitable consecuencia. Al revés lo entiendo yo: entiendo que esa ilimitada democracia acaba con la única razón en que la revolución social pudiera fundarse. El que se queda pobre, el que desde una humilde posición no sube hasta la cumbre del poder y de las dignidades, el que no acierta á surgir de la obscuridad para bañarse y brillar en el luminoso ambiente de la gloria, no podrá tener derecho para quejarse de la sociedad que le deja francas todas las puertas y abiertos todos los caminos. No diré yo que sean agradables la pobreza y la insignificancia; pero lo que no sólo es desagradable sino que además parece insufrible, es que por ser pobre se condene á un ser humano á perpetua infancia, á incapacidad declarada por la ley y á inevitable tutela. Lo cristiano, lo católico es que

la soberanía reside en el pueblo sin distinción de clases y en quien el pueblo la delega. De Dios procede la potestad, *non est potestas nisi a Deo*; pero, como dice Domingo de Soto, la muchedumbre crea la potestad inspirada por Dios: *divinitus erudita*. Dios no exige rentas ni otras condiciones y garantías para otorgar en dicha creación voz y voto.

Acaso el ingente poderío, la soberbia triunfante de algunas naciones del Norte de Europa deslumbraron algo á Cánovas y le movieron, ya que no á aceptar resueltamente, á resignarse y á conformarse con ciertas doctrinas, inventadas las más en Inglaterra, y que en mi sentir no sólo ofenden al linaje humano en su totalidad, sino que también propenden á que dudemos de la bondadosa Providencia divina, á no ser que para justificar á esta Providencia, traigamos á cuento la compensación que en una vida ultramundana han de tener los perjudicados.

Es terrible y cruel considerar esta vida que ahora vivimos como lucha sin tregua para conservarla y gozarla á costa de la vida de los otros: *struggle for life*. Es triste imaginar que el progreso es la selección, y que para que una nación, tribu ó raza prospere y florezca, conviene que otras se sometan, se humillen ó desaparezcan cuando son inferiores por degradación ó por atraso; que no haya compasión ni afecto, ni propósito de aupar á los hundidos ni de promover el adelantamiento de los rezagados. Y aún es peor y más desconsoladora la suposición de Malthus de que la gente aumenta mucho más que los medios de subsistencia y de que son muy útiles la guerra, la peste y el hambre, para que nuestro planeta no se pueble demasiado y no se vean sus habitantes en la dura necesidad de comerse unos á otros.

Ha descubierto Cánovas un precursor de Malthus en el autor anónimo de una obra titulada *Arcanos de la dominación*, obra escrita por un español en la segunda mitad del siglo XVII. Los asertos de este primitivo malthusiano coinciden en lo substancial con los del sofista inglés. Cánovas da la razón á ambos y cree en la exactitud del lamentable y des-

igual crecimiento de la población y de los medios de subsistencia. Cánovas llega á decir para ilustrar este punto que: «no bien se cuece una hogaza más de pan, no tan sólo nace el hombre que ha de consumirla, sino otro además que llega con la esperanza, frecuentemente frustrada, de que le toque en ella alguna parte. Tal esperanza origina el pauperismo.»

Tremenda afirmación es ésta que hasta la esperanza de comer pan quiere quitar á muchos de los que nacen. Por dicha, si bien Cánovas ve el peligro constante, aunque parcial, de que nazca mucha gente, todavía nos consuela empujando hacia un porvenir muy lejano el más espantoso peligro de que lleguemos á no haber de pies en nuestro planeta y á que no haya comida para todos. Yo, por mi parte, sin atreverme á poner en duda la exactitud de lo observado por Malthus y por nuestro anónimo, me limitaré á decir que cuando éste compuso sus *Arcanos de la dominación*, la población de España no pasaría de seguro de seis millones, y que en el día de hoy, en que debe de ser de más de dieciocho, hay mucho menos miseria, se come y se viste y se calza mejor, y la gente está también mejor alojada. En Bélgica, pongamos por caso, habrá hoy seis millones de habitantes, muchísima más gente que cuando los *Arcanos de la dominación* se compusieron. En proporción de su territorio, que viene á ser la décimcsexta parte del de España, en España debiera haber noventa y seis millones; mas no por eso en Bélgica hay más hambrientos y menesterosos que en España. Tranquiliémonos, pues, ya que el peligro, si le hay, está muy remoto. ¡Quién sabe lo que puede ocurrir en lo futuro! En lo futuro todo cabe, no sólo un funestísimo aumento de población. El carbón de piedra puede consumirse, las fuentes secarse y dejar de correr los ríos, enfriarse la Tierra, apagarse el Sol, ó con el perpetuo rodar de nuestro planeta irse aplastando cada vez más los polos y ensanchándose el Ecuador hasta agujerearse la esferoide y convertirse en un anillo, el cual, dilatándose cada vez más en lo hueco y adelgazándose en el aro, acabe por descomponerse en pedazos informes y

sin vida. Pero aunque preveamos todas estas cosas ó algunas de ellas, ¿no sería ridículo exceso de precaución y fatuidad imperdonable, querer prevenirlas ó evitarlas reemplazando á la Providencia?

En vez de remedar á Calcas y ser adivino de males, y en vez de arrogarnos la facultad de prevenirlos, ¿no sería más racional recordar y seguir el consejo ó precepto de Cristo en el Sermón de la Montaña, desechar toda cautela, confiar en Dios y decir con imprevisión piadosa, *busquemos el reino de Dios y su justicia*, y lo demás se nos dará por añadidura?

Cánovas deja ver en algunos pasajes de sus escritos que se inclina á esta opinión, considerando que los gobiernos que tratan de resolver la cuestión social y se afanan en inventar y promulgar reformas pecan de entrometidos y se extralimitan de sus atribuciones. Cánovas, sin embargo, reprueba el optimismo de Bastiat y duda de que la omnímota libertad individual y la no intervención y la inercia de los que mandan han de producir indefectiblemente las armonías económicas más deseables.

No por eso nuestro teórico grande hombre de Estado aprecia en poco la economía política, si bien la cree insuficiente para resolver cuestión alguna, sin el auxilio de la moral fundada en la fe religiosa. Nadie más opuesto que Cánovas á todas las nuevas ciencias ó disciplinas sociales, que se fundan ó se apoyan en el positivismo, en el materialismo ó en el panteísmo.

En Inglaterra es donde se ha llegado en esta materia á los más delirantes extremos. Buckle, por ejemplo, llega á afirmar que ni Platón, ni Aristóteles, ni los Santos Padres griegos y latinos, ni todos los doctores angélicos, seráficos y sutiles, ni los propios Evangelios, han tenido más benéfico influjo en el progreso de la humanidad que el escocés Adam Smith con su *Riqueza de las naciones*. Bien es verdad que Buckle, después de abrumarnos más que Drapper á fuerza de vituperios, asegura que nuestra inferioridad en todo procede del sobrado temor de Dios, infundido en las almas de

los españoles por los frecuentes terremotos y por las largas sequías entreveradas de lluvias torrenciales y desaforadas tormentas, que menudean en nuestra tierra y nos hacen medrosos, intolerantes y crueles.

Es indudable que, ora sea optimista, ora pesimista, el pensador político que niega ó desconoce á Dios, la inmortalidad del alma y el libre albedrío, forja una moral independiente, ineficaz para levantar sobre ella el edificio social y el reino de la justicia que debemos buscar todos. En vez de la justicia deja que impere la fuerza ya sea para que las muchedumbres tumultuosa y fieramente se impongan y predominen, ó ya para que pueblos, castas superiores ú oligarquías sabias, astutas y audaces avasallen al menesteroso é indocto vulgo, le despojen de la posesión y goce de la tierra y hasta le mermen y si fuere menester le destruyan. Se diría que tan disparatada locura no puede con seriedad sostenerse; pero tales son la doctrina y el profético anuncio del Superhombre.

Ernesto Renan, en uno de sus más curiosos escritos, llega á explicarnos un sistema tan singular que nos hace dudar de si lo explica creyendo en él ó sólo como pesada chanza y como muestra de su mucha inventiva y del primor de su estilo. Á semejanza de cierto Rey de un cuento persa, víctima de compromiso contraído, que tiene que degollar á todos los pretendientes de su hija que no resuelven ni aclaran los enigmas y problemas que su hija plantea ó propone y que deplora y solemniza con un mar de lágrimas tan ineludible degollación, Ernesto Renan deplora la degollación que se ve obligado á ejecutar, para no ser infiel á su hija la ciencia, de cuantas son las ideas y sentimientos religiosos. ¿Pero qué remedio puede haber para mal tan inevitable? Las personas finas é ilustradas cuentan con la filosofía para preservarse del egoísmo, no contraer vicios y no caer en pecado; pero el vulgo, que no filosofa, se rebela y se desenfrena cuando pierde las creencias. El remedio que para tanto mal halla Renan es ingenioso á maravilla. La física y la química progresan

espantosamente. Bien podemos exclamar con un discreto autor de zarzuelas:

Hoy las ciencias adelantan
Que es una barbaridad.

El proyecto de Renan es que en lo sucesivo no se divulguen los portentosos adelantos é invenciones que han de realizarse de seguro; que todo quede sigilosamente reservado en el seno de las congregaciones ó colegios de los sabios; que todo sea lo que llamaron en la clásica antigüedad doctrina *acroamática*; y que, armados los sabios de tal doctrina y del arte taumatúrgico que de ella emana, tengan á raya á la insolente muchedumbre y la amenacen ó la castiguen, ya con cataclismos, ya con erupciones volcánicas, ya con tempestades, ya con epidemias.

Al contradecir el gratuito aserto de que ha pasado la edad de la fe y de que la llamada edad de la razón es la que viven hoy los pueblos civilizados en invencible incredulidad religiosa, negando lo sobrenatural y transcendente, ni Cánovas ni nadie es menos liberal ni menos democrático que los impíos ó irreligiosos. Antes bien puede y debe afirmarse y sostenerse que la sana democracia y el verdadero liberalismo tienen por base la religión, raíz y fundamento de la dignidad del hombre y motivo principal del respeto y del amor que al prójimo debemos. La justicia y la misericordia, el derecho de reprimir y de castigar al delincuente, y el deber de amparar al desvalido, apenas se conciben sin creer en un legislador supremo, en el libre albedrío del hombre y en su responsabilidad consiguiente.

Defendiendo Cánovas, en medio de los azares y tumultos de una revolución desatentada, y demostrando y proclamando en la cátedra del Ateneo tan altos y salvadores principios, mereció bien de su patria y contribuyó á que se consiguiese la paz, y á que no se menoscabase ó pervirtiese la cultura del humano linaje. Justísimas son las alabanzas que le da por esto el Padre Ceferino González, en su *Historia de la Filoso-*

fia. Sus «escritos y peroraciones, dice, se distinguen por la precisión del lenguaje y la exactitud de las ideas». Y más adelante añade que Cánovas «ha contribuído no poco á extender y consolidar el movimiento filosófico cristiano, no ya sólo por medio de sus estudios y trabajos históricos, sino principalmente por razón de algunos de sus discursos pronunciados en el Ateneo, los cuales reflejan el talento profundo y la ciencia seria y comprensiva de su autor».

No sé yo hasta qué punto puedan considerarse exactas una discretísima observación de Cánovas y cierta distinción que infiere de ella entre germanos y latinos. Entiende él que en Alemania la teoría y la práctica van cada una por su lado, y que allí el atrevimiento ó el disparate teórico es harto menos peligroso que entre nosotros, donde no bien inventamos ó importamos el atrevimiento ó el disparate, nos empeñamos en traducirle en la práctica con irreflexiva premura.

Alguna verdad hay en esto, ya que á los sabios y filósofos alemanes suelen hacerles menos caso en su tierra que en las extrañas. La figura intelectual de ellos se asemeja con frecuencia á las imágenes pintadas en los vidrios de la linterna mágica, que si bien aparecen diminutas en el vidrio, se agigantan y adquieren proporciones enormes cuando se proyectan en lienzo ó pared muy distantes. Así, por ejemplo, Krause, Schopenhauer, Nietzsche y otros.

No participo yo, con todo, del entusiasmo de Cánovas por Kant cuando aprueba y aplaude que, si bien con la razón pura cree destruir toda prueba de la existencia de Dios, con la razón práctica luego nos tranquiliza, nos consuela y nos devuelve al dios que nos había quitado. No fué bufonada de Enrique Heine, sino censura juiciosa, á mi ver, lo que dijo de que Kant, para satisfacción y consuelo de su criado, tuvo á bien devolverle al dios de que le había despojado primero. Porque si nuestras ideas son sensaciones transformadas que penetran en la mente, donde se ajustan dentro de ciertas formas que en nuestra mente hay, sin que podamos afirmar la identidad ni la semejanza siquiera de tales imágenes

con los objetos exteriores que las producen, el *subjetivismo* es completo. Si cuanto sabemos está en el yo, y es creación del yo, fuera del cual no hay para nosotros sino un motor incógnito que nos impulsa y habilita para crear nuestro fantástico universo, las leyes que le gobiernan no podrán tener, por consiguiente, realidad objetiva. ¿Por qué, pues, han de tenerla el imperativo categórico, la responsabilidad y el libre albedrío de nuestra alma, que reconoce y acata la ley moral, y la innegable existencia del Supremo Legislador, que la promulga?

Harto menos alambicadas especulaciones inducen por dicha á Cánovas á ser creyente. Como Donoso Cortés, á quien admira, sostiene Cánovas que toda buena política se funda en una buena teología, mas no por eso sigue á Donoso hasta el extremo de creer convenientísimo ser buen teólogo para ser buen gobernante. Cisneros y Richelieu, citados para ejemplo por Donoso, presumo yo que debieron de ser teólogos menos que medianos; que tuvieron harto olvidadas, si es que las estudiaron alguna vez, la Suma de Santo Tomás y las sentencias de Pedro Lombardo. El propio Cánovas, con perdón sea dicho, no hubo de ser tampoco muy versado en teología. Ni necesitaba serlo para poseer la prudencia mundana, la habilidad, la entereza y otras nobles prendas, por las que ya se cuenta entre los varones ilustres, honra de su nación, hábil para gobernarla y devotísimo aunque algo desesperanzado patriota. Si pudiéramos evocarle y traerle á nueva vida, le diríamos como Fausto dice: «desecha lúgubres cavilaciones y baña tu pecho terrenal en el rosicler de la aurora».

Aunque sólo fuera para no fatigaros con más prolijo razonamiento, las desecharía yo también. Cesó, pues, en mi propósito de ir en pos de Cánovas por el intrincado y confuso laberinto de los enigmas que pretende aclarar y de los problemas pavorosos por cuya resolución se afana con más talento que ventura.

En la acción, á no dudarlo, la hubiera tenido grandísi-

ma si sus altos propósitos hubieran estado al alcance de valor humano. Pero la condición de las naciones es hoy muy otra de como fué en las pasadas edades. Casi estéril sacrificio es hoy la heroicidad sin la riqueza que da la fuerza. Con un puñado de pobres aventureros no pueden hoy desbaratarse imperios y descubrirse y conquistarse mundos. Se requieren enormes riquezas, acorazados y torpederos, pólvora y dinamita, multitud de cañones, centenares de miles de soldados y tesoros sin cuento para mantener tanto bélico pertrecho y para adiestrar á los hombres en el arte y en el tino con que han de emplearse. Nunca mejor que ahora pudo decirse: *si vis pacem para bellum*. El poder político estriba en el industrialismo, en la buena administración de la Hacienda y en el ahorro. La carencia de tales virtudes, nuestra escasa laboriosidad y nuestro despilfarro y desorden administrativo, nos tienen apocados y nos tienen además descontentos unos de otros, echándonos mutuamente la culpa de recientes malandanzas y desastres, tal vez sintiendo en el pecho veleidades suicidas de separarnos en vez de unirnos y formando entre los labios la sacríflega negación de la grandeza y virtud de nuestros antepasados.

Esta negación deletérea es ya el último grado de postración y amilanamiento. Ningún Mesías político puede subcitrarse á sí, sino para ser en balde ofendido y crucificado. Las grandes acciones requieren la fe vivísima en quien ha de ejecutarlas y el apoyo y el concurso del pueblo en cuyo favor las ejecute. Por un cúmulo de circunstancias deplorables esto faltó á Cánovas y faltó también á no pocos otros hombres que recientemente hemos tenido y que en mi sentir no valen menos de los que figuran hoy y han figurado en el último pasado siglo en las naciones más prósperas y poderosas.

No lamentemos nuestra supuesta degeneración. La preponderancia de otros pueblos no es tan incontrastable como su engruimiento supone, ni debe ser tan sin remedio nuestra caída como quizás imaginamos en nuestro desaliento. ¿Por

qué perder toda esperanza de algo á modo de resurrección dichosa: de que sobrevengan aún días felices en que hijos de España y sirviendo á España merezcan la admiración y el asombro de sus contemporáneos, como lo merecieron todos los españoles que celebró Maquiavelo en *El Principe*, Castiglione en *El Cortesano* y Campanella en la *Monarquía*, que quiso hacer universal para que fuese nuestra?

Todavía, al presente, después de tanta desventura como ha venido á abrumarnos, no puede ser mayor ni más pomposo y elocuente el elogio que hace de nuestro pasado valer el insigne historiador y *ensayista* Lord Macaulay.

•El predominio que España ejercía entonces en Europa, era en cierto modo bien merecido. Háblele alcanzado por su indiscutible superioridad en todas las artes políticas y guerreras. En el siglo XVI, así como Italia era sin duda alguna la tierra por excelencia de las bellas artes, y Alemania la de las atrevidas especulaciones teológicas, España era la tierra de los políticos y soldados. El carácter que Virgilio atribuye á sus compatriotas pudiera haber sido reclamado como suyo por los graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores. El arte majestático, el *regere imperio populos* nunca fué mejor entendido por los romanos en los más gloriosos días de su República, que por Gonzalo y Ximénez, Cortés y Alba. La pericia de los diplomáticos españoles era celebrada en toda Europa. Aún se recuerda en Inglaterra el nombre de Gondomar. La nación soberana no tenía rival en el arte de la guerra regular, ni en el de la irregular. Tanto la impetuosa caballería de Francia como las apretadas falanges suizas eran deficientes en sus arrestos, puestas cara á cara con la infantería española. Y en las guerras del Nuevo Mundo, donde era menester en el General algo distinto de la estrategia corriente y en el soldado algo distinto de la ordinaria disciplina, y donde á menudo se hacía preciso oponer algún nuevo expediente á las variadas tácticas de bárbaros enemigos, los aventureros españoles, surgidos del vulgo, mostraban una

fertilidad de recursos y un talento para negociar y mandar, que apenas encuentran parangón en la historia.»

«El castellano de aquellos tiempos era al italiano lo que el romano era al griego en los días de la grandeza de Roma. El conquistador tenía menos ingenuidad, menos gusto, menos delicadeza de percepción que el conquistado, pero tenía mucho más orgullo, firmeza y valor, más solemne apostura y más alto sentido de su honra. El pueblo dominado era más sutil en la especulación: el dominante en la acción más enérgico. Los vicios del primero eran los del abatido y vencido: del tirano los del segundo. Puede añadirse que el español, como el romano, no desdeñaba el estudio de las artes y el idioma de aquellos á quien oprimía.»

«En la literatura de España ocurrió revolución no semejante á la que, según nos cuenta Horacio, tuvo lugar en la poesía latina: *capta ferum victorem cepit.*»

No me parece bien aceptar con el sabio Lord la supremacía en atrevidas especulaciones teológicas que concede á Alemania sobre la España de aquellos tiempos. No valen menos que los teólogos alemanes Melchor Cano, el eximio Suárez, ambos Luises y los maravillosos místicos que sin extraviarse compiten, y si no vencen, igualan á Eckart y á Tauler, penetrando en los oscuros senos del alma para estudiarlos con analítica perspicacia, y arrebatados luego y guiados por la inteligencia y por el amor, buscar á Dios, tratar de conocerle y unirse con Él en aquel abismo.

Pondera luego Lord Macaulay el influjo dichoso que ejercieron en nuestra rica y original literatura el estudio y la imitación de la de Italia; enumera y celebra con brillantes frases á nuestros más valientes guerreros y políticos por lo bien que cultivaron las letras, sin descuidar las artes del imperio y sin dejar el ejercicio de las armas; cita y ensalza á Boscan, á Garcilaso, á Hurtado de Mendoza, á Lope, á Cervantes y á otros, y añade por último:

«Es curioso considerar con qué temeroso respeto miraban á un español nuestros antepasados de aquella época. Era

este español, en concepto de ellos, una especie de demonio, horriblemente malévoló, pero también en extremo sagaz y poderoso.—Son muy sabios y políticos, decía cierto honrado inglés en un memorial dirigido á la Reina María, y pueden por medio de su saber, reformar y enfrenar su propia naturaleza conformando su condición al modo de ser de aquellos hombres con quienes alternan alegre y amistosamente. Estas dañinas y engañosas maneras no las comprenderá hombre alguno en tanto que no caiga bajo la sujeción de ellos; pero cuando caiga las comprenderá y sentirá del todo: cosa de la que ruego á Dios que preserve á Inglaterra, porque en disimulación, hasta que alcanzan sus propósitos, y en opresión y tiranía cuando los han logrado, exceden á cuantas son las naciones de la tierra.—Éste es el lenguaje de que se hubiera valido Arminio para hablar de Roma ó que pudiera usar un estadista de la India, en los tiempos actuales, al hablar de los ingleses. Es el lenguaje de un hombre ardiendo en odio, pero acobardado por aquellos á quien odia y reconociendo con pesadumbre que le son superiores no sólo por el poder, sino también por la inteligencia.»

Ahora bien: yo tengo por cierto que, si las almas de los *graves y altivos jefes que rodeaban el trono de Fernando el Católico y de sus inmediatos sucesores*, cuando, según la ficción poética de Virgilio, moraban en el Eliseo aguardando su nueva encarnación y aparición sobre la tierra, hubiesen encontrado las almas de otros jefes españoles de nuestros días, acaso en vez de desdeñarlas por inferiores las hubieran respetado por iguales diciendo con amor á alguna de ellas:

..... *Si qua falta aspera rumpas*
Tu Marcellus erit. Manibus date lilia plenis.

En mi sentir, no podemos quejarnos porque carezcamos de varones egregios capaces de restaurar á España en su antigua y perdida grandeza. Áspero é invencible tejido de circunstancias lo impide solo. El más hábil y brioso, y el mejor intencionado de los gobernantes, poco ó nada logra sin

el auxilio, crédito y plena confianza de su pueblo, al que no sabrá ni podrá guiar si su pueblo mismo no expresa con firme y poco discrepante decisión adónde quiere ir y por dónde.

No hay mayor estorbo para elevarse que la extremada variedad de opiniones y la desconfianza en las propias fuerzas. Nadie consigue sino humillarse, si él mismo, exagerando la modestia con abyecta humildad, se desestima; si se echa en el surco, como vulgarmente se dice; si desecha todo pensamiento propio y admira y copia, sin discernirlos bien, los pensamientos ajenos.

Pensemos, pues, y propongámonos algo por nosotros mismos. No seamos federales por haber traducido á Proudhon, maravillándonos locamente de su raro talento de sofista. No seamos tradicionalistas ó clericales á lo Donoso, para copiar á Bonald y al Conde José de Maistre que nos embelesan. No seamos tampoco intolerantes librepensadores y furibundos anticlericales, para ajustarnos á la última moda de París. Seamos algo por nosotros y tengamos en nosotros la fe y el mutuo aprecio de que procede la concordia. El regionalismo, y hasta los insanos deseos de separación, no proceden sólo de medioeval atavismo, sino de presumir que en tal cual lugar ó región de España nos hemos adelantado y puesto al nivel de los más nobles pueblos y razas, mientras que el resto de los desventurados españoles se hunde cada vez más ó se queda á la zaga.

De estas epidémicas dolencias, de éstos y de otros semejantes extravíos, es menester que nos curemos. Y no para aspirar de nuevo al predominio, sino para permanecer en el concierto de las naciones cultas y civilizadoras, y para que no nos expulsen, poniéndonos entre las naciones decaídas, por desestimar nuestro derecho y por declarar caducados ó no valederos y falsos desde su origen los títulos en que se funda.

Jamás acertaré yo á describir, ni menos me atreveré á declarar, las causas principales de la decadencia de España.

Indicaré sólo algo que apunta el ya citado Campanella en el mismo libro en que traza el plan que podía darnos en su opinión la hegemonía ó el imperio del mundo, porque *inventa tipografia et tormenta belica, rerum summa redit ad hispanos, homines sane impigros fortes et astutos.*

Lo que más se oponía, según dicho escritor, al logro de tamaña empresa, era nuestra escasa habilidad para producir riqueza, y nuestra falta de circunspección, parsimonia y tino en gastarla. Lo mejor, lo más próspero é industrioso del mundo era nuestro cuando Campanella decía: *Est admiratione dignum, quomodo consumatur tanta divitiarum vis sine ullo emolumento: cum videamus Regem fere perpetua inopia laborare, atque etiam ab aliis mutuo accipere.*

Más inclinado yo á ser idólatra que iconoclasta, ensalzo á Cánovas y apruebo y aplaudo los lauros que se le otorgan y los monumentos y estatuas que se le erigen. Y esto, no ya sólo por hombre de acción, sino también por su talento de pensador y por su fácil, avasalladora y brillante palabra, condición esta última casi punto menos que indispensable en el régimen parlamentario.

No creo, con todo, que para gobernar sea indispensable también mucha teología, mucha metafísica ó atesorar noticia completa de cuántas son las cosas divinas y humanas. Bastan el buen propósito y la firme voluntad de que se consiga, y nadie niega á Cánovas tales dotes. Las acendra, por último, y las magnifica, dando más valer á su nobilísima vida, el violento y prematuro fin que esta vida tuvo; el crimen que al quitársela pudo inducir á negar á los más optimistas que el progreso moral vaya por el mismo camino que el indudable progreso del bienestar y de la riqueza. No son menesterosos y desvalidos los que cometen tales crímenes, sino hombres extraviados por corto saber y doctrinas absurdas, por vanidad sin fundamento, ponzoñosa envidia y nefando prurito de mostrarse de pronto al mundo con sangriento resplandor y con infame nombradía.

De la lectura de los hermosos discursos de Cánovas y de

las ideas que acuden á mi mente al meditar en ellos, mi criterio ordinario y precientífico se atreve á inferir varias reglas del arte de gobernar, entre las cuales quiero humildemente poner aquí las que siguen:

Procurar el restablecimiento de la subordinación y del respeto á la autoridad, hoy algo perdidos.

Cuidar fiel y hábilmente de la Hacienda pública y pagar las antiguas deudas, sin contraer otras nuevas.

Hacer el gobierno cuanto esté á su alcance para no dejar el mando ó por temor del peligro ó por cansancio del trabajo. Un gobierno efímero para poco ó nada vale, por excelente que sea, y algo vale siempre, aunque sea mediano, con tal de que dure.

No promover cuestiones que traigan la discordia en vez de la unión entre los ciudadanos.

Ser parco en reformas, sobre todo de las que llaman sociales.

Confiar en Dios encomendándole la resolución de ciertos pavorosos problemas, á fin de no ser como el inexperto aprendiz y presumido mozo que rompe la máquina por el afán de arreglarla.

Legislar lo menos que se pueda.

No fabricar, ni comerciar, sino en lo que sea de la ineludible incumbencia del Estado, á fin de no competir con la iniciativa individual, arredrándola, incapacitándola y tal vez destruyéndola con las armas y medios que da el dinero de que por los tributos se la despoja.

Adquirir gran dosis de paciencia, serenidad y calma para esquivar ó para disimular, hasta donde sea compatible con el decoro, desdenes y agravios, que no puede ni repeler ni castigar por ahora nuestra flaqueza.

Y, por último, esmerarse en conservar las más cordiales relaciones con los pueblos y gobiernos extranjeros, pero no contraer singulares alianzas. Nada debe aventurarse sin contar con suficientes medios y ocasión propicia. No deben seducirnos el desesperado arrojé del vencido Piamonte y su

portentoso buen éxito en liga primero con Francia y con Prusia más tarde. El genio de Cavour y su audaz y bien concertada diplomacia de nada hubieran valido sin la vencedora corriente de opinión sostenida y agitada durante siglos por sacrificio y pertinaz denuedo de príncipes y caudillos ambiciosos y por larga serie de tribunos, estadistas, filósofos y poetas, amantes de su patria, Italia, y ansiosos de verla libre y una.

Según se ve, en nuestra situación actual, que Dios mediante es de esperar que mejore, ha de buscarse, á mi ver, la suspirada mejoría en el sosiego y en la paz y no en cambios y revoluciones, ya sean desde arriba, ya sean desde abajo.

Sólo en un punto no me parecen las reformas inoportunas sino útiles y deseables, con tal de que se lleven á cabo suave y pausadamente, para no dar motivos ni á trastornos ni á quejas.

Yo soy tan individualista como el que más. Y durante mi larga vida he sido siempre, valiéndome de una expresión familiar y muy usada, más liberal que Riego; pero creo que una atribución de la que no puede desprenderse el Estado es la de ser docente. Para que el alma colectiva tenga pensamiento propio, para que la voluntad nacional no se marchite ó desmaye por falta de norte que la guíe y de objeto que la atraiga, es indispensable una educación oficial homogénea: que el Estado y, por su medio los que el Estado nombra y paga, no abusen de la confianza que el Estado pone en ellos ni enseñen doctrinas contrarias á las que sin atreverse á negarlo profesa la mayoría de los ciudadanos, ni socaven las bases seculares en que el Estado se sostiene.

Harto comprendo yo la grave dificultad que esto ofrece: la antinomia de algunos de mis asertos. No basta, á fin de armonizarlos, la libertad omnímoda de enseñar cada uno, con tal de que sea por su cuenta, la doctrina que estime verdadera y sana, sin más restricciones que las impuestas por la moral universal ó por el fundado temor de inminente subversión del orden establecido. Todavía se puede objetar que

no debe destruirse ni mermarse la libertad de la ciencia en los establecimientos de enseñanza que costea el Estado: que no hay Ministro ni centro oficial con saber y competencia bastantes para decidir y decretar si se opone ó concuerda lo que alguien enseña con las tradicionales creencias de la mayoría y con los venerandos principios en que el Estado se funda. En nuestra época, por ejemplo, se valen no pocos de hipótesis plausibles que los inquisidores más rígidos hubieran aprobado cuando no aplaudido en España. ¿Por qué el mismo Cánovas, por temor de incurrir en heterodoxia, no quiere desechar el concepto antropocéntrico de lo creado, y da por cierto que la innumerable multitud de astros que brillan en la amplitud del éter y toda la inmensidad del universo, tienen por principal fin y propósito la utilidad, la contemplación y el recreo del hombre que habita en nuestro mezquino planeta? ¿Por qué negar que haya fuera de él, en otros mundos, seres corpóreos, racionales y libres?

Yo doy por cierto que el propio Felipe II gustaba del sistema que Copérnico inventó y dedicó al Papa Paulo III. Á los que condenan hipótesis ó niegan verdades inventadas ó descubiertas por facultad racional y meramente humana, apoyándose para la negación en otras mal entendidas verdades de orden religioso, bien se les puede aplicar lo que dijo el sabio Villalobos cuando había inquisición en España: que son como los criminales que se acogen á sagrado y buscan asilo en la Iglesia, para que sus delitos queden impunes. Hasta para los disparates y extravagancias había entonces indulgencia, aprobación y tal vez aplauso, mirándolos con independencia de la revelación y no queriendo reconocer en ellos intento ni poder para hacer vacilar ó para destruir los dogmas que por revelación aceptamos.

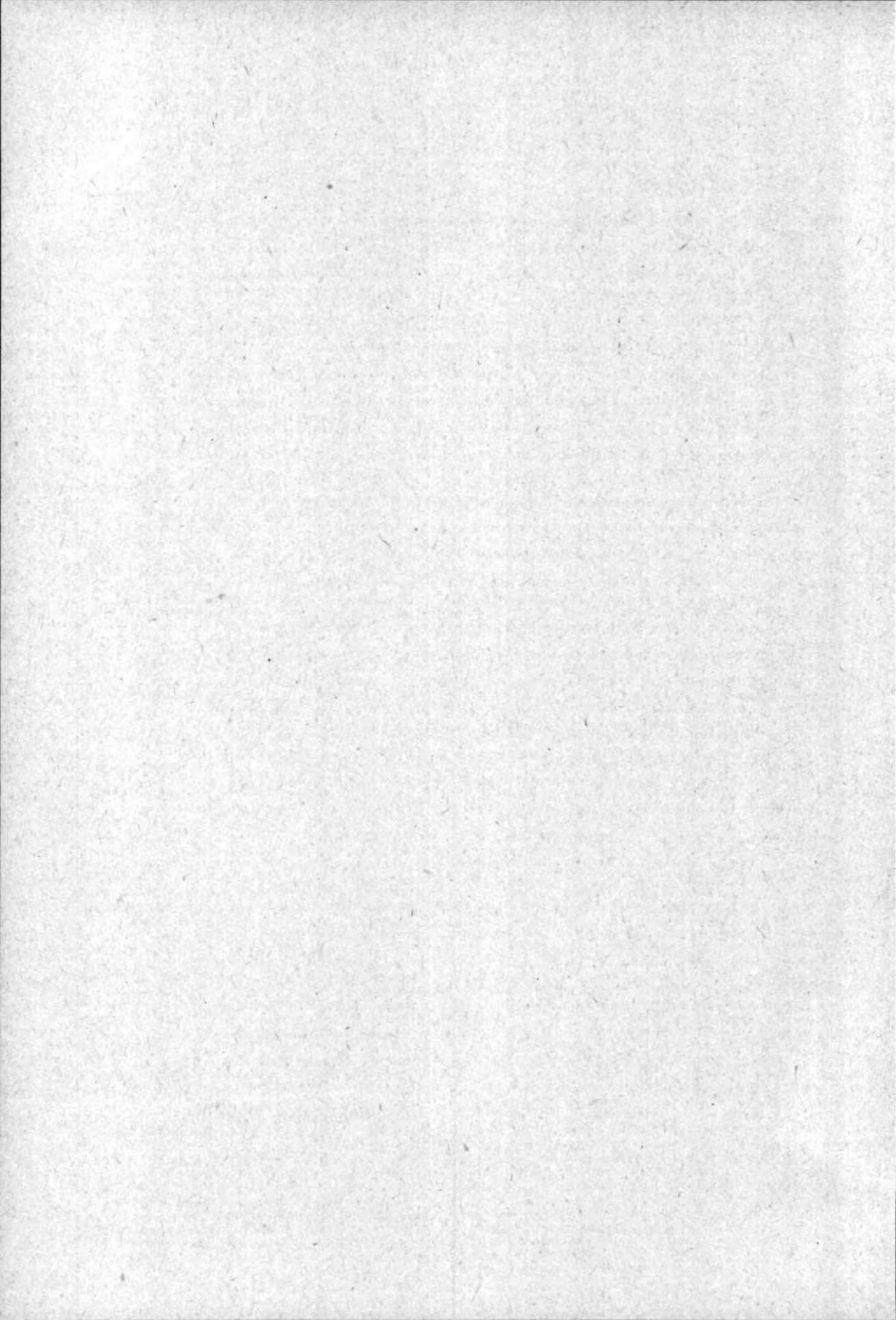
Sin duda no imaginó ningún ministro ó familiar del Santo Oficio lo que imaginan algunos en nuestra edad: que habló Dios á Moisés en la cumbre fulgurante del Sinaí para enseñarle física, química y cosmogonía.

Tales son las dificultades gravísimas que la enseñanza ofi-

cial presenta y que sólo con el recto juicio y con la prudencia más exquisita pueden salvar los que gobiernan.

Pero ya es tiempo de que yo ponga término á esta prolija disertación, receloso como lo estoy de fatigaros por demás al prestarle oído. Termino, pues, confiando en vuestra benevolencia y rogándoos que perdonéis los muchos errores en que sin duda he de haber incurrido. Acaso penséis, porque en horas no sé si de acerba y depresora melancolía ó de saludable y austero desengaño lo pienso yo también, que al impugnar por pesimistas algunas sentencias de Cánovas, yerro yo y él acierta. Acaso mi sobrado apego á las cosas terrenales me mueve á creerlas menos irremediabilmente perversas. Acaso confío yo más de lo justo en el progreso indefinido y en los bienes que ha de traer por obra de la humana condición radicalmente viciada por el pecado. Y acaso, mi espíritu, algo gentílico y más jovial que saturnino, se resista á aceptar que este mundo sea sólo y deba siempre ser cárcel baja y obscura, valle de lágrimas y molestísimo lugar de tránsito, de expiación y de prueba.

Perdonadme, no obstante, como os lo he rogado, y justificad vuestro perdón por el convencimiento que habéis de tener de la buena intención que me inspira todo cuanto aquí he dicho.



CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Don Juan Valera es tan conocido entre los hombres de saber, que para nada es necesario justificar su doble elección por esta Academia.

Valera, el primero de nuestros estilistas, novelista insigne, escritor castizo, habiendo desempeñado los puestos más importantes como diplomático en Portugal, Bélgica, los Estados Unidos de América del Norte, y como Embajador en Austria Hungría, con acierto y fortuna, viene consagrando su vida entera al trabajo intelectual.

Valera no es únicamente un novelista que al narrar un hecho, ó desenvolver un pensamiento en forma de novela, se limite á entretener al lector con la mágica poesía de su prosa; pensador profundo, filósofo, hombre de ciencia, cosmopolita como *Stendhal*, parece salido de aquella famosa Escuela Normal que creó hombres como *Taine*, *Sarcey*, *About*. Irónico, pero no sarcástico, su risa sana, la sal ática que rebosa en sus escritos, la claridad extraordinaria con que desarrolla sus conceptos, el helenismo de todas sus obras, evoca épocas desaparecidas, suscita en unos casos el nombre de Aristófa-

nes, recordando en otras ocasiones los Diálogos de *Platón*.

Y es que Valera se ha creado en la lectura de los clásicos, griegos y latinos.

El espíritu de Valera, del más clásico de nuestros escritores, es cosmopolita; su finísima sátira, que se esparce en obras como *El Comendador Mendoza*, donde la lógica de sus conceptos destruye, sin atacarlas directamente, las principales costumbres de la sociedad tal como se halla actualmente constituida, no se asemeja al pesimismo de muchos de nuestros principales autores contemporáneos. No es tampoco el *esprit gaulois* de que se vanaglorian los franceses, es la alegría helénica que brota bajo un cielo azul, entre los floridos olivares, y que cincela joyas delicadas y tiernas como *Dafnis y Cloe*. Es el observador profundo que hace en *Pepita Jiménez* la filosofía del amor, el erudito que en un juguete como *Garuda ó la Cigüeña blanca* socava y destruye las rancias y arraigadas ideas que cultiva la arrogante aristocracia de algunos países septentrionales. El festivo andaluz se revela al fin á cada paso en *Juanita la Larga*, fiel trasunto de las costumbres de su país nativo.

En su interesante polémica con Campoamor, que recuerda por su intensidad de raciocinio, unida á la gracia del estilo, querellas literario-filosóficas tan famosas como la de *Renan* con *Cousin* y de *Goethe* con *Schelegel* y otras que la historia conserva y admira, llegó Valera á la cumbre de la moderna filosofía, descollando sobre todo por su espiritualidad. Es aquella polémica la más famosa entre las de este género, que haya tenido lugar en España; se trataba de dos insignes poetas y filósofos, Valera y Campoamor; y si semejantes contiendas han de producir, como en este caso, obras maestras, sería casi de desear que los grandes espíritus chocasen á veces entre sí, emanando del choque nuevos brotes de ideas para progreso y enseñanza de la humanidad.

Tanto en la polémica sostenida con Campoamor, como en cualquiera de sus novelas, Valera brilla por su alegría, que irradia con singular regocijo en toda su obra. No hay más

que leer, por ejemplo, el desenlace de *Pasarse de listo*, que es una continua y sonora carcajada.

Cuando una civilización produce hombres de tal valía es porque ha llegado á la plenitud de su desarrollo y habrá de preguntarse de qué polos opuestos surge el chispazo del genio, y, no obstante, no se alcanza á comprender la creación de espíritus tan contrarios, ni se acierta á descifrar cómo un ser tan real y positivo, tan filósofo y tan moderno, pudo engendrar la grandeza de su positivismo á la sombra de las sublimes locuras de nuestros más célebres románticos.

Es tanto lo que ha escrito Valera; ha prodigado de tal manera las maravillas de su ingenio, que es imposible recopilar aquí, no los tesoros literarios derrochados por él en la prensa de todos los países, sino aquellas de sus obras que se han publicado en España. La continuación de la historia de Lafuente es por sí sola un monumento, desarrollado desde el año XX hasta nuestros días, en que con una habilidad digna de elogio, se desenvuelven las ideas y tendencias más liberales, sin que ningunos de sus conceptos puedan herir la susceptibilidad del espíritu más delicado.

Al examinar las cuestiones sociales, lo hace, como acaba de oírse, desde el punto de vista de las escuelas modernas y sin exagerar ni creer que, dada nuestra organización social, pueda conseguirse en tan trascendentales problemas, solución definitiva; busca desde la idea del concepto de humanidad, como dice citando á Séneca, que no es por sí sola la riqueza la suma felicidad, y hoy que con razón parecen no existir clases, debe cuidarse de que en las leyes no se proteja únicamente á los privilegiados de la fortuna.

Si combate el sistema de reformarlo todo, y si critica las teorías inventadas como soluciones posibles, no por eso desconoce las graves cuestiones por las que hoy se querellan los hombres.

La mayor de las iniquidades consiste, después de acabar con las esperanzas creadas á la sombra de la religión, en llevar al hombre por el camino de la utopía y del imposible.

Por desgracia, aun cuando pudiese disolverse nuestra sociedad, tal y como se encuentra constituida, no podría darse la solución que satisfaga á la generalidad de los hombres.

La decadencia de un pueblo no depende de los reveses sufridos, como dice con razón también Valera, sino de carecer de verdaderos ideales, y la desdicha de España es no haber sabido buscar con ahinco, en donde estaba, á mi juicio, la verdadera causa de su decadencia, por no haber comprendido, como otras naciones, que la principal base de la reforma de un pueblo está en su educación intelectual.

Los grandes problemas sociales, siempre difíciles, lo son doblemente en una sociedad como la nuestra, que, por desgracia, se encuentra en el mayor aislamiento de las demás naciones, por falta de instrucción y de cultura, y por ello mismo es más fácil que en otras que se acepten como buenos y posibles los mayores absurdos.

Á reformar con espíritu decidido y asiduo deben dirigirse nuestros esfuerzos, ilustrando al pueblo como base de una verdadera evolución intelectual.

El Japón debe á ello su colosal desarrollo, Alemania é Italia comenzaron por este camino y á él deben también su portentoso desenvolvimiento. Así conseguirá á su vez España conquistar una posición que no la haga desmerecer ante las demás naciones del mundo, de su pasada grandeza.

Cuando la educación ponga á nuestra patria en condiciones de apreciar la forma y manera de examinar las arduas y complejas cuestiones que constituyen la base de la evolución de la sociedad moderna, será cuando verdaderamente, sin peligro, pueda abordarse la solución de aquellos problemas, sin aceptar premisas, que los mismos que las ofrecen saben no pueden realizarse, y al propalarlas como incentivo lo hacen sólo para atraer á las masas que hoy por falta de instrucción creen no pueden resolverlas, sino por el camino de la revolución y de la fuerza.

Esto no quiere decir que mientras se llega á un grado de ilustración que, por desgracia, no tenemos, se haya de aban-

donar hasta donde sea posible el medio de resolver determinadas cuestiones. El modificar, mejorándola, la situación de algunas clases sociales, exige conocimientos profundos y vastísima cultura, pues si hubo tiempos en que bastaron los viejos paliativos para conllevar la solución de tan graves cuestiones, hoy es necesario que se emprenda con vigor y buena fe las reformas, que si no las resuelven por completo, demuestren la justa preocupación de nuestra sociedad en favor de las clases trabajadoras.

Por ello es necesario también no desconfiar de nuestros medios, pues sin una idea perfecta de aquello á que, queriendo, se puede llegar, no se podría conseguir el propósito que se pretende.

Con decisión y firmeza debe emprenderse lo que tiene que ser y que por olvido quizás ha ayudado á nuestra decadencia.

Creo, como Valera, que no debemos desconfiar de nuestras fuerzas, y desenvolviendo nuestra inteligencia y atemperándonos á lo que ahora constituye la grandeza de las naciones, por esa senda, caminar con firmeza.

Por grandes que sean los conocimientos del hombre de Estado, si no tiene carácter para realizar su obra, resultan completamente estériles para salvar á la sociedad sacándola de su atraso.

Arduos son los problemas que entraña la enseñanza de un pueblo; pero no son menores los peligros que provienen de la falta de instrucción cuando se trata de una nación como la nuestra que por su fácil percepción puede dar á las mejores ideas el desarrollo más peligroso.

Cuanto más abonado sea un pueblo para imprimir en él las doctrinas, más peligroso es que la instrucción lo desvirtúe, si no está basada en los principios salvadores de la humanidad y de la ciencia, que con sus grandes descubrimientos contribuye á reducir la miseria y el dolor sobre la tierra.

Hubo un tiempo en que bastaban las predicaciones religiosas, que daban una esperanza á los desgraciados del pro-

sente, pero hoy que se intenta destruir esa esperanza, son necesarias soluciones consoladoras que estén al alcance de esa misma masa á que se quiere extraviar.

Otro de los grandes peligros por que en estos momentos atraviesan las sociedades modernas es la instrucción limitada.

Por nuestra manera de dar la primera enseñanza, se priva al individuo de los medios racionales de contrarrestar predicaciones utópicas; de cuyo influjo sólo puede librarse cuando llegue á pensar por sí mismo; de ello debe cuidarse expresamente al emprender la obra regeneradora, que es, á mi juicio, la base de la reforma de nuestra sociedad.

Siguiendo este camino sin tregua ni descanso, el pueblo español, que en pocos años ha organizado sus sociedades de resistencia, sus sindicatos obreros y sus cooperativas, buscará en esta misma organización la manera de resolver los problemas que hoy le hacen sufrir, sin creer que el patrono y el dueño son sus enemigos, cuando de la buena inteligencia entre unos y otros nace la verdadera regeneración de cada clase.

El patrono como el dueño deben á su vez aprender que no es por la explotación del hombre como se realiza únicamente la fortuna, sino desarrollando su inteligencia y compartiendo con él los sinsabores que á veces esta misma fortuna proporciona, á fin de que no pueda decirse como Donoso Cortés que «los ricos han perdido la caridad y los pobres la paciencia».

¡Triste idea la de la humanidad que consiste únicamente en la persecución de los unos contra los otros! Armonizar estas diversas tendencias debe ser el principal trabajo de nuestra sociedad.

Siguiendo esta línea de conducta se habrán resuelto los dos grandes problemas que deben preocuparnos: la instrucción, sin la cual todas las reformas son inútiles, y la regeneración de nuestras costumbres armonizando los verdaderos intereses, sin los cuales peligrará constantemente nuestra sociedad.
